

«Los recuerdos son trozos de vida arrancados al vacío.
Sin amarras. Sin nada que los fondee, sin nada que los fije.
Casi nada los ratifica. Sin más cronología que la que yo,
con el paso del tiempo, he reconstruido arbitrariamente».

George Perec

I

Querido amigo:

Te escribo con la esperanza de que aún no te hayas muerto y, si no es mucho abusar, de que tampoco hayas perdido la memoria, lo que vendría a ser casi igual de desastroso.

Tengo la urgencia de una historia que contar y necesito que tus recuerdos apuntalen los míos.

Me perdonarás que sea tan directo: sé que hay confianza y no me sobra tiempo para diplomacias. Han pasado ya demasiados años desde que nos vimos por última vez, y quién sabe si nuestros caminos se volverán a cruzar en otras circunstancias que no sean las puramente epistolares. Sigues siendo una de las pocas personas que conozco que ha demostrado juicio y ponderación cada vez que he tenido que requerir tu parecer y has probado que, si en el día de nuestra infancia hubo amistad sincera, esta perdura a pesar de lo remoto de la distancia y de los años.

Ya hace tiempo que di mi carrera literaria por concluida. Todo fue demasiado rápido. En tan solo unos años recibí más elogios de los que esperaba y más premios de los que merecía. Mis novelas fueron traducidas a más idiomas de los que hubiese osado imaginar e incluso han servido, a

mi pesar, para que otros hiciesen algunas películas que he visto sin apenas reconocer en ellas mis historias.

Ya hace años que no atiendo a la prensa, que no recibo a estudiosos de mi obra ni contesto cartas de pretendidos discípulos. Dejé de escribir porque de repente se abrió el vacío ante mí. Me di cuenta, como una revelación, de que ya había dicho todo lo que tenía que decir y las ideas se esfumaron.

Uno ha de reconocer cuándo debe hacerse a un lado. No son muchos los escritores que han sabido hacerlo con dignidad, como hizo Juan Rulfo. Cuentan que al autor de *Pedro Páramo*, cuando alguien de entre un grupo de estudiantes universitarios le preguntó por qué dejó de escribir, respondió: «Es que se me murió el tío Celerino, que era el que me contaba las historias».

Ignoro si esa cita es auténtica o apócrifa pero, como es original y certera, la doy por buena.

Contra el criterio de mis editores y de mi agente, me parecía una falta de respeto cansar a los lectores con historias repetidas o con variantes de las ya escritas. Me horrorizaba la idea de convertirme en una de esas glorias agotadas que siguen escribiendo por inercia; que insisten en sacar —buscando recibir su ración anual de aplausos— obritas menores que nadie publicaría si no estuviesen firmadas por quienes un día fueron considerados grandes.

Siempre pensé que un derrelicto, un barco hundido en el fondo del océano a la espera de que el mundo olvide sus días gloriosos, conserva más dignidad que un cascarón oxidado y mohoso que continúa navegando a pesar de que sus calderas estén cansadas y no sean más que chatarra y orín.

En días como hoy, me vienen a la memoria las palabras del soldado Eric —un personaje de la *Yourcenar*—, que decía que hay en cada vida unos periodos durante los cuales el hombre existe realmente, y otros en los que solo es un aglomerado de responsabilidades, de fatigas y, para las mentes débiles, de vanidad. Esos días comenzaron a ser cada vez más frecuentes hasta que de forma definitiva se instalaron en mi casa.

Mi tío Celerino, amigo mío, lleva ya mucho tiempo muerto y enterrado.

Permíteme que recuerde las palabras de Sancho, escarmentado y molido tras la burla de la ínsula de Barataria: «... después que os dejé y me subí sobre las torres de la ambición y de la soberbia, se me han entrado por el alma adentro mil miserias, mil trabajos y cuatro mil desasosiegos».

Aquellos años de éxitos anduve perdido, cegado por la luz de la autoestima. Tenía los sentidos abotargados por el ruido que se levantaba alrededor de mí. Sé que hice bien en dejarlo a tiempo. Fue una decisión dolorosa, pero la presión por escribir obras que se convirtiesen en *best sellers* me estaba consumiendo por dentro como algo corrosivo. Al menos me consuela que aquellos éxitos me aseguraron una renta con la que vivo de forma casi desahogada y con la que hubiese podido pagarme un retiro de gran lujo si la vorágine de la vida de escritor frívolo no me hubiese forzado a gastar rápido y en futilidades. Es igual.

Después de todo, dentro de cien años nadie se acordará de mí ni de mi obra y, si me apuras, la literatura no será más que una herramienta de la arqueología.

¡Si al menos durante esos años hubiese podido desprenderme del lastre de la vanidad! ¡Habría ganado tanto tiempo! ¡Habría podido ver lo que me rodeaba! Ya sabes eso que dicen de los árboles y el bosque.

Uno puede llegar a escribir de forma decente si trabaja y lee mucho pero ¡nadie me dijo que cuando empezase a tener éxitos comenzaría la ceguera! Uno está solo para darse cuenta de esas cosas y se le puede pasar media vida o la vida entera hasta que se hace consciente de que está viviendo en una trampa fatua y placentera en la que los aplausos son la moneda que todo lo corrompe.

«¿Por qué escribes?». No sé cuántas veces que me han hecho esa pregunta. Cientos; tal vez miles. En cada entrevista, o al menos en una de cada dos entrevistas.

Nunca he escarmentado; es una pregunta que siempre me ha pillado desprevenido y he salido al paso con lugares comunes tal vez muy manidos: «Es una forma de fijar el tiempo», «Porque es lo único que sé hacer», «Es una manera de conocer y de comprender», «Para poder leer las historias que me gustaría leer», «Para que me amen», «Por los aplausos», «Por dinero», ¡qué sé yo!

Ya ni sé cuántas respuestas he dado a lo largo de mi carrera. Seguramente muchas de ellas se contradicen entre sí y, si lo pienso ahora, ni siquiera había tenido tiempo de preguntarme por qué he escrito.

Si alguien me preguntase hoy —ahora que ya no escribo— por qué lo hacía, no dudaría en mi respuesta y sé que al fin sería sincero. Le contestaría que escribo para terminar de construirme: como si estuviese, o al menos me

percibiese, inacabado de forma permanente. Para tener una visión mejorada o más completa de mí mismo, como si padeciese ese trastorno similar al que siempre está emprendiendo mejoras en su jardín o en su auto. Como si tuviese una necesidad permanente de subsanar imperfecciones o de pulir irregularidades.

Cuando uno ha probado el sabor de un texto redondo que ha salido de sus experiencias y de su mano, cuando ha podido mirarse en el espejo —tal vez capcioso— de unas páginas que le hacen parecer mejor, sonrío en su soledad como si fuese la primera sonrisa ante el espejo de un anciano que estrena dentadura postiza pero, pobre incauto, no sabe que ya está atrapado en una tela de araña para el resto de su vida.

Y lo peor es que ignora que jamás vivirá el momento en que, satisfecho al fin, se diga: «¡Ya está; misión cumplida!».

Solo ahora, cuando he tenido tiempo de verdad para pensar en mi vida, he visto las cosas tan importantes que me he dejado sin contar. Las grandes historias que me obsesionaron en mi época febril me impedían ver las pequeñas, las que teníamos cerca y que muchas veces son las que nos dejan la huella de las lecciones más valiosas. Me cegué con épicas, con historias grandilocuentes, cuando tenía otras maravillosas delante de mis narices pidiendo a gritos ser narradas. Ahora lo sé, pero me consuela que, en cada momento, no he hecho más que lo que he podido, y que he puesto todo mi empeño en hacerlo de la mejor forma posible. Si la salud me lo permite, voy a intentar subsanar esa injusticia.

Te envío las notas de lo que espero que llegue a ser una novela y que, de publicarse, de seguro será la última. Te ruego que seas discreto. No te extrañe que, si la llegas a ver impresa, sea firmada con un seudónimo. La novela que saldrá de este experimento no habrá sido pergeñada por el escritor que antaño fui. Me parecería una indecencia aprovecharme de mi reputación para vender a mis lectores una historia que está en las antípodas de lo que de mí esperan, y no pienso permitir que mis editores la transformen en una máquina de ganar dinero. Soy prisionero del personaje en que me convertí, y el escritor que fui no puede escribir la historia que ahora tengo que contar.

En ella no hay héroes ni grandes proezas en el sentido épico, pero sí en el doméstico: ya sabes, las hazañas cotidianas de andar por casa que escapan al reconocimiento por insignificantes. Pretendo tan solo hacer una semblanza, un ejercicio de memoria barnizado por la pátina de la ensoñación; un intento de reminiscencia de los que fueron mis vecinos de infancia y, sobre todo, del padre, al que llamábamos «san Antonio» o «el Pájaro». Para mí, aquel hombre con dos motes fue una referencia que me ha acompañado durante toda mi vida. Nunca me cansé de admirar su optimismo y su tesón, unos valores que han sido mi divisa. Jamás se rindió; cada vez que caía, se volvía a levantar de inmediato con energías renovadas.

Estoy en deuda con aquel hombre. Él me sirvió de ejemplo y de inspiración sin ser, ninguno de los dos, conscientes de ello. Lo único que puedo devolverle es un intento de fijar el personaje que fue: rescatarlo del olvido para que tal

vez un día alguien lo conozca a través de este retrato que le pretendo hacer y saque alguna lección de provecho. Es un deber que cumplo con gusto sabiendo que no le hago justicia; que existe un abismo entre esta pobre compensación y lo que él, sin sospecharlo, supuso para mí. Era el espejo al que a menudo enfrentaba mi naturaleza pesimista y que siempre conseguía atemperar lo más lúgubre de mis pensamientos.

Desde mi exilio voluntario y mi retiro de asceta, creí conveniente fijar esos recuerdos, aun de forma desordenada y caótica, antes de que mi deficiente memoria acabase por diluirlos como ya hiciera con tantas otras crónicas que no existirán por haber sucumbido antes de nacer. Te los envío con la esperanza de que puedas aportar más información, impugnar lo adulterado, y aquilatar lo efectivamente acaecido.

Sabes que uno de los pasos más importantes previos a escribir una novela es la fase de documentación. Al principio de mi carrera tenía que recurrir a bibliotecas, a archivos y a buscar el punto de vista y la experiencia de los especialistas. Siempre he confiado en los que saben más que yo. Es mucho más fácil hoy en día con internet. En el caso que nos ocupa, la información que busco no está en esa Biblioteca de Alejandría construida con verdades, mentiras, bulos y medias verdades. Confío sin embargo en encontrarla en la memoria: en la tuya y en la mía, y en la memoria de las cosas, en lo que quede del pueblo que era entonces: rastros de cal vieja bajo la pintura acrílica de las fachadas, los adoquines escondidos bajo el asfalto, la antigua era en los cimientos de

lo que hoy debe de ser una gasolinera, la venta donde tantas partidas echamos, ahora enterrada bajo lo que tal vez sea la sucursal de un banco. Espero encontrarla en los olivos centenarios que rodean a Las Almazaras y que nos sobrevivirán a todos, y en las tres almazaras que le dieron el nombre a nuestro pueblo: la Almazara de arriba, la Almazara de en medio y la Almazara de abajo. ¿Sigue alguna en pie? Mejor no contestes a esa pregunta. Supongo que ahora muelen la aceituna en alguna nave de un polígono industrial.

El libro que nazca de estas notas será una epopeya; un gran poema en prosa en el que se narrarán esas hazañas que san Antonio emprendía en su lucha cotidiana para sacar adelante a su familia, o al menos las que habré podido reconstruir gracias al ejercicio de la memoria y a tu ayuda. No pretendo erigirme en poeta, Dios me libre; nunca lo he sido, y no creo que a estas alturas vaya a cambiar. Siempre me ha echado para atrás la grandilocuencia y la solemnidad de los autoproclamados poetas. He sido más bien un cazador o un rastreador de poesía vestido con ropas de camuflaje; una especie de entomólogo que busca el espécimen único en el corazón de la floresta. Sin embargo, en el entorno de los Pájaros, la poesía estaba por todas partes, ¡pero yo entonces estaba tan ciego! Si soy capaz de recoger mis recuerdos de forma fiel a la realidad, estarán sin duda impregnados de esa poesía y de la magia sobrenatural que los rodeaba, y entonces esta crónica será poema y merecerá el nombre de *epopeya*.

Hay cosas que sé que ocurrieron con certeza. Otras son retales de imágenes entrevistas, de recuerdos vagos que

han ido moldeándose de forma caprichosa. El resto no son más que las piezas que faltan; piezas que yo nunca he visto pero a las que he dado la forma que deberían de tener por lógica, por ser las que mejor encajarían en los huecos que dejan las certezas.

La historia tendrá por fuerza que ir aderezada por todos esos detalles de la intimidad de sus protagonistas que yo no hubiese podido conocer. Por esa razón habré de eclipsarme en la penumbra para dar voz a un narrador, si no omnisciente, al menos informado. El encargado de relatar conocerá todos los secretos de cada uno de los personajes como si los hubiese espiado desde arriba. Me permitirás que me haya tomado la licencia de añadir en estas notas, para no olvidarlos, muchos de esos secretos que yo no podía saber pero que bien he podido imaginar. Algún privilegio tengo que tener, que para algo soy el narrador.

Son muchos los que se han ido quedando por el camino. Algunos porque se marcharon, como yo. Otros por una muerte prematura y, los más, se han ido alejando de otra forma: divergiendo, adaptándose a una vida moderna y presurosa que se aleja mucho de la que entonces teníamos en Las Almazaras. Esos son los más desmemoriados; puede que también los más felices. Con mi familia muerta o dispersa desde hace muchos años y a tantos kilómetros del pueblo, no tengo a nadie más a quien recurrir para cotejar estos mis recuerdos; para discernir, con el cedazo de la compulsión, el rumbo que tomaron las líneas maestras de la historia.

También te ruego que me adviertas si encuentras que, debido a mi ignorancia, he sido injusto con alguno de los que aparecen en esta historia o si la forma de la injusticia ha podido manifestarse en el olvido de alguien que merecería aparecer, pero que mi mala memoria ha desatendido.

Por eso confío en tu buen criterio para tal encomienda. Seguro que tú sabes y recuerdas más que yo; tú eras de los nuestros y de los pocos que se quedaron en Las Almazaras. El respeto por las tradiciones y el amor que siempre demostraste por nuestra tierra hacen de ti la persona idónea para esta tarea.

Te envío mis notas para que las amplíes y apostilles como creas conveniente. Están escritas tal como las he ido recordando, sin llevar un orden cronológico estricto. Espero tus comentarios para, a partir de ellos, reconstruir la historia; no solo la de aquella familia, sino, por extensión, la de todo el pueblo.

Creo que tengo una deuda con vosotros. Si nunca he vuelto a Las Almazaras es porque dejé pasar demasiado tiempo y, cuando quise darme cuenta, supe que si volvía me llevaría un desengaño: el constatar todos los cambios y modernizaciones posiblemente me llevaría a no reconocer el pueblo que me vio crecer. Temo que tal vez eso precipitase el proceso de olvido.

No tengas prisa. Deja que los recuerdos afloren por sí mismos, sin forzarlos. La memoria es la verdad. Al fin y al cabo, nada queda de lo que realmente ocurrió salvo nuestros recuerdos. Por lo tanto, lo que recordamos es lo que ocurrió en realidad. Es uno de los pocos lujos que nos

quedan a los viejos: el poder moldear nuestra propia historia con la memoria, de forma que, cuanto mejor haya madurado uno, más bello será su pasado o, mejor dicho, el pasado que recuerde o el que se haya construido.